

## ¿Qué debemos desaprender para aprender a enseñar?<sup>1</sup>

Sobre biografías escolares y heridas narcisistas

Para quienes se forman profesionalmente en el terreno de la salud y son ajenos al ámbito de la formación docente, los contenidos trabajados en un curso sobre didáctica y pedagogía pueden constituir una verdadera incógnita, e incluso, despertar cierta incredulidad. Después de todo, una infinidad de prácticas educativas (desde conferencias científicas hasta videos de YouTube que nos alertan sobre las teorías conspirativas mundiales o los efectos del consumo de cúrcuma sobre la salud), se realizan a diario sin que se exija a quien “enseña” la posesión de título habilitante alguno. Incluso el ejercicio de la docencia universitaria se realiza en nuestro país sin que la reglamentación vigente exija la acreditación de saberes pedagógicos; la acumulación de experiencia en la actividad parecería compensar, eventualmente, la ausencia de estos saberes. ¿Es que acaso impartir la enseñanza requiere algo más que un sólido conocimiento de la disciplina que se quiere transmitir?

Seguramente algunos lectores contestarán a esta pregunta con un no, aceptando la idea de que no se necesita nada más. Otros agregarán a este requisito algunas de las cualidades personales con las que solemos definir al buen enseñante, como el compromiso, la paciencia, o el carácter empático. Algunos incluso podríamos llegar a incluir en el perfil profesoral destrezas como “utilizar el Power Point para armar una presentación” o “escribir con claridad en el pizarrón”, cuya utilidad está fuera de discusión pero que difícilmente podrían encuadrarse en el marco de una formación sistemática universitaria.

Es por ello que vale la pena preguntarse qué se hace en un curso de estas características y qué se llevan, eventualmente, quienes participan. Debemos advertir primeramente que la enseñanza no es sólo un arte (aunque en parte sí lo sea), sino también una ciencia, y que las habilidades que requiere pueden adquirirse y entrenarse con el aporte de numerosas disciplinas como la didáctica, la psicología del aprendizaje, la sociología, o la pedagogía.

Sin embargo, no menos importante que el aporte de las mencionadas disciplinas es la identificación de aquello que debemos desaprender para posteriormente poder “enseñar algo a alguien”. Voy a plantear un aspecto algo polémico: los alumnos de la universidad, los docentes, y por qué no muchos de quienes trabajan en el sistema educativo, poseen un conjunto de representaciones y sentidos sobre la actividad - el *ser* y el *deber ser* del enseñante-, que no necesariamente son correctas y que pueden incluso constituir un obstáculo para la enseñanza. Quisiera recuperar aquí un concepto teórico muy interesante que nos ayudará a echar luz sobre esta última afirmación, el de *biografía escolar*. La biografía escolar constituye el período vivido por los docentes dentro del sistema educativo mientras eran alumnos. Todo docente universitario detenta una trayectoria de al menos unos 15 o 20 años dentro del sistema educativo.

Lo notorio es que esta biografía no es un simple recuerdo de la etapa escolar sino un *período formativo* de fuerte impacto en la práctica docente posterior; una etapa de aprendizaje por observación de modelos de enseñanza, normas de interacción, rituales. Esto quiere decir que mientras formábamos parte como aprendices de la díada docente-alumno fuimos interiorizando pautas de comportamiento, aprendiendo también cómo era ser docente.

En definitiva, es probable que los docentes terminemos pareciéndonos a ese maestro o profesor que observábamos inadvertidamente mientras éramos alumnos. Esto no sería problemático si nuestras biografías escolares estuviesen atravesadas por experiencias pedagógicas de vanguardia (aula invertida, ABP, simulación, juego de roles, etc.) La realidad es que salvo honrosas excepciones

---

<sup>1</sup> Por Federico Ferrero

nuestra biografía contiene experiencias pedagógicas excesivamente tradicionales, donde el modelo de enseñanza predominante es el llamado *tradicional*: expositivo, centrado en el docente, individualista y poco colaborativo, competitivo, con énfasis en la teoría, y con tendencia a la pasividad del alumno.

La biografía genera modos de actuar y pensar la docencia que constituyen un hábito incorporado. Se trata de una experiencia acumulada que aparecerá al momento de desarrollar nuestras prácticas de enseñanza con una fuerza inusitada, derrocando otros saberes alternativos que el docente pudiera haber incorporado en otras instancias de aprendizaje pedagógico. Conocer nuestras biografías y no desestimar su impacto en nuestra práctica docente es el primer paso para lograr desarrollar acciones y enfoques alternativos. En suma, el primer gran objetivo transversal en la capacitación docente es revisar nuestras biografías escolares poniendo en discusión las propias imágenes y expectativas (conscientes e inconscientes) sobre el rol docente. De allí que como explicaré a continuación, llegar a ser un buen docente implique atravesar algunas incomodidades y renunciaciones.

A riesgo de presentar una selección caprichosa afirmamos que la capacitación pedagógica debe ser capaz de llevar al docente en ejercicio o al aprendiz de profesor a recibir tres heridas narcisistas. La primera de ellas es dejar de ser el centro de atención durante las clases. Sabemos hoy, gracias a la psicología del aprendizaje, que aprende más en clase quien más hace; debemos indefectiblemente ceder el centro de la actividad cognitiva a los alumnos para lograr su instrucción. Se habla hoy del docente como tutor o coordinador más que como conductor. Duele, molesta. A los docentes nos complace ser el centro de atención.

La segunda herida tiene que ver con aceptar que no necesariamente sabemos más que los alumnos y/o destinatarios de nuestra actividad de enseñanza. Es decir, por supuesto que el docente siempre tiene más experiencia sobre las temáticas que trabaja, esto no está en discusión. Sin embargo, a partir de la revolución en el acceso al conocimiento que posibilitaron las tecnologías de la información y comunicación (TIC's), el objetivo de la educación deja progresivamente de ser la transmisión de datos fácticos, disponible ahora en internet y de fácil acceso. Entonces es probable que los alumnos tengan más información que los docentes sobre diversas temáticas. Lo que no se consigue en internet es la capacidad de elaborar criterios útiles para analizar toda esta información y combinarla en proyectos intelectuales y profesionales personales. Es esto lo que debemos enseñar y no datos o conceptos que se hallan a tan sólo un click de distancia. Aportar nuestra experiencia y expertiz para empoderar a los alumnos en el proceso de construcción de criterios propios.

La tercera y última herida narcisista que los docentes debemos sufrir es la pérdida del ejercicio monopolístico de la palabra. Estamos acostumbrados a hablar e incluso nos ponemos nerviosos cuando se hace un silencio durante las clases; nos parece que es nuestra responsabilidad cubrirlo rápidamente con palabras. Nuestra biografía escolar nos empuja a hablar. Sin embargo, cuando el docente logra soportar la presión y se mantiene en silencio habilita novedosos espacios de interacción para los alumnos. Debemos aprender a manejar los silencios y ceder el uso de la palabra, entender que el que más habla, opina y discute es quien más aprende. Se enseña cediendo la palabra, no monopolizándola. No debemos olvidar que toda la actividad cognitiva que concentramos se la estamos negando a los alumnos, quienes necesitan desarrollarla para aprender.

Para finalizar, entonces, creo que formarnos como enseñantes requiere de importantes aprendizajes. En principio, debemos aprender a dudar y a revisar lo que hacemos como docentes; a mirar la actividad desde otras perspectivas y cosmovisiones. Hemos de estar en guardia frente a conductas contraproducentes que, como sabemos ahora, son poco convenientes. Es muy importante ser especialista del tema que queremos enseñar pero eso no alcanza; para ser buenos docentes muchas veces tendremos que ir en contra de nuestra propia historia, nuestro sentido común, nuestras tendencias espontáneas; en definitiva, nuestra biografía escolar.